



PARDO BAZÁN
OBRAS
Completas

30
UN
VIAJE DE NOVIOS

PQ6629
.A7
V52
1910



1020027932

OBRAS COMPLETAS
DE
EMILIA PARDO BAZÁN
CONDESA DE PARDO BAZÁN

TOMO 30

Núm. Clas. N
Núm. Aut. P 226v
Núm. Arg. 33709
Procedencia 8-
Precio _____
Fecha _____
Clasificó 26
Catalogó _____

EMILIA PARDO BAZÁN

CONDESA DE PARDO BAZÁN

OBRAS COMPLETAS.—TOMO 30.

UN VIAJE DE NOVIOS

SEXTA EDICIÓN



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

MADRID

No. 1625 MONTERREY, MEXICO

EDITORIAL PUEYO

Calle del Arenal, núm. 6.

1919

85659

33709

863
PB

PQ6629
-A7
V52
1910

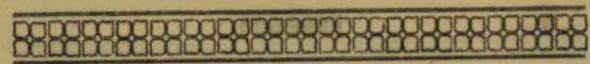
ES PROPIEDAD DE LA AUTORA
Derechos reservados para todos
los países.
Copyright by, Emilia Pardo Ba-
zán, 1919.



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Imprenta Helénica. Pasaaje de la Alhambra, 3. Madrid.

86788



PREFACIO ⁽¹⁾

En Septiembre del pasado año 1880, me orde-
nó la ciencia médica beber las aguas de Vichy
en sus mismos manantiales, y habiendo de atra-
vesar, para tal objeto, toda España y toda Fran-
cia, pensé escribir en un cuaderno los sucesos de
mi viaje, con ánimo de publicarlo después. Mas
acudió al punto a mi mente el mucho tedio y en-
fado que suelen causarme las híbridas obrillas
viatorias, las «Impresiones» y «Diarios» donde
el autor nos refiere sus éxtasis ante alguna cate-
dral o punto de vista, y a renglón seguido cuen-
ta si acá dió una peseta de propina al mozo, y si
acullá cenó ensalada, con otros datos no menos
dignos de pasar a la historia y grabarse en már-
moles y bronces. Movida de esta consideración,
resolvíme a novelar en vez de referir, haciendo
que los países por mí recorridos fuesen escenario
del drama.

Bastaría con lo dicho para prólogo y antece-
dentes de mi novela, que más no exige ni mere-
ce; pero ya que tengo la pluma en la mano, me

(1) Recuérdese la fecha de este Prefacio.

entra comozón de tocar algunos puntos, si no indispensables, tampoco impertinentes aquí. A quien parezcan enojosos, queda el fácil arbitrio de saltarlos y pasar sin demora al primer capítulo de UN VIAJE DE NOVIO, y plegue a Dios no se el antojo después peor que la enfermedad el remedio.

Tiene cada época sus luchas literarias, que a veces son batallas en toda la línea—como la empeñada entre clasicismo y romanticismo—y otras se concretan a un terreno parcial. O mucho me equivoco, o este terreno es hoy la novela y el drama, y en el extranjero, la novela sobre todo. Reina en la poesía lírica, por ejemplo, libertad tal, que raya en anarquía, sin que nadie de ello se espante, mientras la escuela de noveladores franceses que enarbolan la bandera realista o naturalista, es asunto de encarnizada discusión y suscita tan agrias censuras como acaloradas defensas. Sus productos recorren el globo, mal traducidos, peor arreglados, pero con segura venta y número de ediciones incalculable. Es de buen gusto horrorizarse de tales engendros, y certísimo que el que más se horroriza no será por ventura el que menos los lea. Para el experto en cuestiones de letras, todo ello indica algo original y característico, fase nueva de un género literario, un signo de vitalidad, y por tal concepto, más reclama detenido examen que sempiterno desprecio o ciego encomio.

De la pugna surgió ya algún principio fecundo, y tengo por importante entre todos el concepto de que la novela ha dejado de ser mero

entretenimiento, modo de engañar gratamente unas cuantas horas, ascendiendo a estudio social, psicológico, histórico, pero al cabo estudio. Dedúcese de aquí una consecuencia que a muchos sorprenderá: a saber, que no son menos necesarias al novelista que las galas de la fantasía, la observación y el análisis. Porque en efecto, si reducimos la novela a fruto de lozana inventiva, pararemos en proponer como ideal del género las *Sergas de Esplandián* o las *Mil y una noches*. En el día—no es lícito dudarlo—la novela es traslado de la vida, y lo único que el autor pone en ella, es su modo peculiar de ver las cosas reales: bien como dos personas, refiriendo un mismo suceso cierto, lo hacen con distintas palabras y estilo. Merced a este reconocimiento de los fueros de la verdad, el realismo puede entrar, alta la frente, en el campo de la literatura.

Puesto lo cual, cumple añadir que el discutido género francés novísimo me parece una dirección realista, pero errada y torcida en bastantes respectos. Hay realismos de realismos, y pienso que a ese le falta o más bien le sobra algo para alardear de género de buena ley y durable influjo en las letras. El gusto malsano del público ha pervertido a los escritores con oro y aplauso, y ellos toman por acierto suyo lo que no es sino bellaquería e indelicadeza de los lectores. No son las novelas naturalistas que mayor boga y venta alcanzaron, las más perfectas y reales; sino las que describen costumbres más licenciosas, cuadros más libres y cargados de color. ¿Qué mucho que los autores repitan la dosis? Y

es que antes se llega a la celebridad con escándalo y talento, que con talento solo; y aun supe a veces al talento el escándalo. Zola mismo lo dice: el número de ediciones de un libro no arguye mérito, sino éxito.

No censuro yo la observación paciente, minuciosa, exacta, que distingue a la moderna escuela francesa: desapruero como yerros artísticos, la elección sistemática preferente de asuntos repugnantes o desvergonzados, la proligidad nimia, y a veces cansada, de las descripciones, y, más que todo, un defecto en que no sé si repararon los críticos: la perenne solemnidad y tristeza, el ceño siempre torvo, la carencia de notas festivas y de gracia y soltura en el estilo y en la idea. Para mí es Zola el más hiponcondríaco de los escritores habidos y por haber; un Heráclito que no gasta pañuelo, un Jeremías que así lamenta la pérdida de la nación por el golpe de Estado, como la ruina de un almacén de ultramarinos. Y siendo la novela, por excelencia, trasunto de la vida humana, conviene que en ella turnen, como en nuestro existir, lágrimas y risas, el fondo de la eterna tragicomedia del mundo.

Estos realistas flamantes se dejaron entre bastidores el puñal y el veneno de la escuela romántica, pero, en cambio, sacan a la escena una cara de viernes mil veces más indigesta.

¡Oh, y cuán sano, verdadero y hermoso es nuestro realismo nacional, tradición gloriosísima del arte hispano! ¡Nuestro realismo, el que ríe y llora en la *Celestina* y el *Quijote*, en los cuadros de Velázquez y Goya, en la vena cómico-dramá-

tica de Tirso y Ramón de la Cruz! ¡Realismo indirecto, inconsciente, y por eso mismo acabado y lleno de inspiración; no desdefioso del idealismo, y gracias a ello, legítima y profundamente humano, ya que, como el hombre, reúne en sí materia y espíritu, tierra y cielo! Si considero que aun hoy, en nuestra decadencia, cuando la literatura apenas produce a los que la cultivan un mendrugo de amargo pan, cuando apenas hay público que lea ni aplauda, todavía nos adornan novelistas tales, que ni en estilo, ni en inventiva, ni acaso en perspicacia observadora van en zaga a sus compañeros de Francia e Inglaterra (países donde el escribir buenas novelas es profesión, a más de honrosa, lucrativa), enorgulézcome de las ricas facultades de nuestra raza, al par que me aflige el mezquino premio que logran los ingenios de España, y me abochorna la preferencia vergonzosa que tal vez concede la multitud a rapsodias y versiones pésimas de Zola, habiendo en España Galdós, Peredas, Alarcones y otros más que omito por no alargar la nomenclatura.

Si a algún crítico ocurriese calificar de realista esta mi novela, como fué calificada su hermana mayor *Fascual López*, pídele por caridad que no me afilie al realismo transpirenaico, sino al nuestro, único que me contenta y en el cual quiero vivir y morir, no por mis méritos, sí por mi voluntad firme. Tanto es mi respeto y amor hacia nuestros modelos nacionales, que acaso por mejor imitarlos y empaparme en ellos, di a *Pascual López* el sabor arcaico, ensalzado hasta las nubes por la benevolencia de unos, por otros

censurado; pero, en mi humilde parecer, no del todo fuera de lugar en una obra que intenta—en cuanto es posible en nuestros días, y en cuanto lo consiente mi escaso ingenio—recordar el sazoadísimo y nunca bien ponderado género picaresco. No tendría disculpa si emplease el mismo estilo en UN VIAJE DE NOVIOS, de índole más semejante a la de la moderna novela llamada de costumbres.

Aun pudiera curarme en salud, vindicándome anticipadamente de otro cargo que tal vez me dirija algún malhumorado censor. Hay quien cree que la novela debe probar, demostrar o corregir algo, presentando al final castigado el vicio y galardonada la virtud, ni más ni menos que en los cuentecicos para uso de la infancia. Exigencia es esta a que no están sujetos pintores, arquitectos ni escultores: que yo sepa, nadie puso tacha a Velázquez porque de sus *Hilanderas* o sus *Niños bobos* no resulte lección edificante alguna. Sólo al misero escritor entregan férula y palmeta a fin de que vapulee a la sociedad, pero con tal disimulo, que ésta haya de tomar los disciplinazos por caricias, y enmendarse a puros entretenidos azotes. Yo de mí sé decir que en arte me enamora la enseñanza indirecta que emana de la hermosura, pero aborrezco las píldoras de moral rebozadas en una capa de oro literario. Entre el impudor frío y afectado de los escritores naturalistas y las homilias sentimentales de los autores que toman un púlpito en cada dedo y se van por esos trigos predicando, no escojo; me quedo sin ninguno. Podrá este mi

criterio parecer a unos laxo, a otros en demasía estrecho: a mí me basta saber que, prácticamente, lo profesaron Cervantes, Goethe, Walter Scott, Dickens, los príncipes todos de la romanería.

Y perdóname, lector benigno, que a tan ilustres personajes haya traído de los cabellos con ocasión de mis insignificantes escritos. Por ventura suele la vista de una charca recordar el Océano; mas la charca, charca se queda. Harto se lo sabe ella, y bien le pesa de su pequeñez; pero no la hizo Dios más grande, por lo cual echará mano de la resignación que a ti te desea, si has de recorrer estas páginas,

EMILIA PARDO BAZÁN.